

Colección

Dark Winter



Título: Victorianos - El Proyecto Ómphalos

2018, Primera edición

Autor: Simón Bellido Fernández

Ilustraciones y diseño de cubierta: Raúl F. García Vega

Revisión y edición por: Editorial Tres Inviernos

Tema musical por: Daniel García Bardo

© Simón Bellido Fernández

© Raúl García Vega

© Daniel García Bardo

© Editorial Tres Inviernos

ISBN: 978-84-948817-3-2

Depósito Legal: M-28899-2018

Impreso en España

www.editorialtresinviernos.com

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

Simón Bellido Fernández
Ilustrado por Raúl F. García Vega

Victorianos

El Proyecto Ómphalos



Descárgate gratis el tema musical de esta novela:



<http://editorialtresinviernos.com/es/audios/victorianos>

1

Según sus observaciones, el mejor día para entrar era el sábado. La mayor parte del servicio libraba. El mayordomo, el único que vivía allí, iba a hacer la compra; y Lord Harold Evergreen, el propietario, haciendo gala de su puntualidad británica, se ausentaba, estrictamente de ocho a diez de la mañana, para visitar a su madre en el hospital de Saint Claire. A partir de esa hora solía reunirse con unos amigos en Le Coin de la Bonne Table, un restaurante francés famoso por la exquisitez de sus platos, donde estaría, al menos, hasta la hora del té. Después, dependiendo de la distensión del ambiente, iría al Rowling & King, el club donde sin lugar a dudas perdería una fortuna jugando al billar, fumaría carísimos puros de importación y hablaría del precio del carbón y de lo maravillosa que era la vida para gente como ellos: los vencedores.

Tyler formaba parte del grupo de los vencidos, los que o no habían sabido aprovechar la vida o habían nacido en el seno de familias con mala estrella. Una mala estrella que destruyó el mundo que Lord August Stands se había esforzado en construir. Probablemente, de no haber quedado huérfano con aquella explosión, podría vivir sin la necesidad de aceptar sucios trabajos, pero junto con descargar

barcos llenos de pescado, era la única forma de sobrevivir en una sociedad en la que la gente vivía demasiado pendiente de sus propios ombligos; además, ya se había acostumbrado a ese tipo de vida y, sinceramente, le gustaba.

La explosión los dejó huérfanos —a él y a su hermana mayor, Lydia— cuando tenía solo quince años. Él salió, dentro de lo que cabe, bien parado, mientras que su hermana, por si el quedarse sin familia y sin un hogar en el que vivir no hubiese sido suficiente, perdió la vista. Usaron todo el dinero que pudieron reunir para volver a empezar, pero no fue fácil. Lo habían perdido todo, la casa, las joyas, la ropa... Pero al menos se tenían el uno al otro y podían vivir con cierta comodidad —matizando que lo hacían sin ningún tipo de lujos, ni excesos, ni caprichos— con lo poco que Tyler ganaba en el puerto y con el suplemento que él decía que provenía de las propinas con las que los pescaderos le obsequiaban.

Eran las siete de la mañana y Tyler estaba preparado, escondido en su sitio. Había visto salir al mayordomo y Lord Evergreen no tardaría si quería estar a las ocho en el hospital. Luego, todo estaba calculado al milímetro: saltaría la verja del jardín, pues tenía el tamaño justo para ser salvada de un salto; correría a toda prisa hasta la parte de atrás de la casa, a salvo de miradas inoportunas; treparía por la pared del habitáculo donde el jardinero guardaba las herramientas; y de allí a la ventana solo quedaba un salto. Estaría cerrada, pero sabría forzarla sin dejar rastros. Una vez dentro, tenía que actuar más rápido si cabe. Gracias a Leopold, había conseguido echarles un vistazo a los planos de aquella casa, y sabía que tenía que recorrer el largo pasillo para llegar hasta los aposentos donde se guardaba el colgante.

Una carroza negra, tirada por dos grandes caballos blancos, se detuvo frente a la vivienda. La puerta se abrió y Lord Evergreen salió. Se notaba que era un hombre distinguido, andaba recto, seguro de sí mismo; su mirada arrogante escrutaba todo a su alrededor —pese a su apariencia cansada— juzgando y sentenciando todo lo que veía. Vestía un elegante traje con su chaleco a juego, su impoluta camisa blanca, su corbata, su reloj de bolsillo, su chistera, su bastón... Un personaje más, uno de tantas copias, víctima de las modas de la sociedad. Finalmente, tras esperar a que el conductor le abriese la puerta, entró y la carroza se perdió por entre las calles.

Había llegado su turno. Tyler corrió hacia la entrada, apoyó un pie en una de las volutas de la verja y se impulsó con las manos. Ya al otro lado corrió a toda prisa al amparo de las sombras. Había pasado la parte más difícil. Se subió al pequeño cobertizo anexo al muro de la casa y, de un salto, consiguió abrir la ventana como había previsto. Volvió a saltar para agarrarse al alféizar esta vez y, con un pequeño impulso, entró.

La habitación estaba iluminada únicamente por la luz que entraba a través del cristal. Era un dormitorio de abrumadores muebles de madera oscura. La cama estaba vestida con una gruesa colcha rosa, con encajes, lazos y unos cojines —al igual que todo allí dentro— sobredimensionados. Tyler vio un espejo, de esos en los que uno podía verse de cuerpo entero. Recordó que en la habitación de sus padres y en la de su hermana había uno muy parecido, y que él, cuando era pequeño, se pasaba las horas mirando cómo su madre se acicalaba delante. Se miró y se atusó un poco el pelo. La ropa le venía grande, pero su economía no les llegaba para comprarse modelos de alta costura. Posó de perfil, no le gustaba lo delgado que estaba y durante

unos segundos se perdió en la profundidad verdosa de su mirada. Su padre siempre había dicho que era idéntico a su abuelo, al que él nunca había conocido. Mirar, observar, fijarse, analizar...

—Venga, Tyler. No es hora de ser vanidoso.

Se dedicó una última sonrisa y se centró en su misión. Debía recorrer el pasillo hasta la habitación de Lord Evergreen, buscar y coger el colgante y regresar por donde había venido.

Salió de la habitación y se deleitó con el esplendor de aquella casa. Durante unos segundos recordó el lugar donde vivió con sus padres, avivando memorias de su vida y su pasado que creía dormidas.

Finalmente entró en el despacho de Lord Evergreen. Las paredes estaban cargadas de cuadros, de familiares muertos. Había un gran escritorio sin papeles de por medio ni utensilios fuera de lugar. O bien Lord Evergreen era un maniático del orden o sus doncellas muy eficaces.

—Tres cuadros a la derecha del mueble de los licores —susurró en voz baja Tyler.

Miró la vitrina, cargada con botellas, y sintió la tentación de servirse una copa. Negó con la cabeza y contó los tres cuadros que le había dicho Leopold.

La mujer retratada era una belleza digna de admirar. Pelo negro, recogido a la perfección, mirada oscura, penetrante, y facciones firmes y serenas. En el pie del cuadro ponía con una caligrafía inmejorable: «Amatiste Balder».

Tyler levantó el cuadro —que pesaba lo suyo— y vio que debajo estaba la caja fuerte. Su primera intención era sujetarlo con una mano, mientras que con la otra intentaba abrir el dispositivo de

seguridad... Se había imaginado un cuadro algo más pequeño y manejable, no aquella estructura de madera que bien podía pesar lo mismo que un ser humano.

—Siento molestarla, señorita Balder.

Entre susurros esforzados, mientras descolgaba el cuadro, empezó a trajinar en el cierre que le separaba de su botín.

El sonido de la puerta de la calle se acopló al suave chirrido del de la caja fuerte abriéndose. ¡Alguien acababa de entrar en la casa! Odiaba cuando sus planes se estropeaban de aquella forma. No tenía tiempo de volver a colocar el cuadro en su sitio, debía coger el joyero azul, donde se guardaba el colgante, y cruzar a toda prisa el pasillo.

En el piso de abajo se escuchaban las pisadas, enérgicas, demasiado para tratarse del mayordomo. ¿Había pasado algo en el Sant Claire y por eso Lord Evergreen había regresado antes de tiempo?

Tyler salió de la habitación en el mismo instante en el que aquella persona, ya fuese Lord Evergreen o el mayordomo, subió las escaleras.

El corazón de Tyler empezó a latir con más fuerza, la adrenalina inundaba su cuerpo, pero tenía que mantener la mente clara para poder actuar con rapidez. La habitación por la que había entrado a la casa estaba todavía demasiado lejos y seguramente le descubrirían antes de llegar. Debía esconderse.

Abrió la primera puerta y entró, manteniéndose alerta, intentando escuchar, o más bien adivinar, las intenciones del desconocido, aunque su respiración y la angustia que sentía no se lo ponían nada fácil.

Las pisadas sonaban muy próximas. El extraño había llegado ya a la segunda planta, acercándose a la puerta de la habitación donde se escondía. Pasó de largo. ¿Dónde iba? ¿Al despacho?

—¿James? ¿Estás aquí? —dijo el desconocido—. ¡Maldición, la caja! ¡Han entrado a robar!

Las pisadas se apresuraron, sonó un fuerte portazo y el pomo de la puerta donde se había escondido Tyler giró.

Había cometido un error garrafal: se había limitado a quedarse allí plantado, como un árbol, esperando que aquella habitación pasase inadvertida. Tenía que buscar un escondite, ¡y rápido!

Tyler corrió, tan aprisa como pudo, y se metió debajo de la cama. El pomo de la puerta giraba lentamente, demasiado lentamente, tanto que hasta a Tyler, desde su escondite, le dio tiempo a asomarse y escrutar el entorno. ¡Cómo no iba a entrar en aquella habitación, si era la suya! El colchón de la cama —pese a estar recubierto con unas colchas que desprendían olor a limpio y adornado con mullidos cojines—, se notaba algo hundido, muy diferente a la cama de la habitación por la que había entrado. Estaba claro que aquella habitación era de uso diario, la deducción era obvia. El pomo continuaba girando, como si para abrir la puerta se necesitasen veinte mil vueltas, hasta que Lord Evergreen entró con mirada preocupada.

—¡Diantres! ¿Cómo ha podido suceder? —decía mientras daba vueltas poniéndolo todo patas arriba.

Tyler —escondido, y deseando volverse invisible—, rezaba en silencio, por si aquel que está en los cielos le hacía el favor de echarle un cable para poder salir de allí con el botín y, lo más importante, sin ser descubierto.

Lord Evergreen abrió un cajón de la cómoda donde tenía algunos enseres de aseo personal —aunque Tyler hubiese jurado que eran figuras decorativas—, cogió algo que desde su escondite no pudo identificar, salió —sin escuchar el suspiro que Tyler emitió cuando dejó la habitación—, bajó a toda prisa las escaleras y se marchó, cerrando con un fuerte portazo.

Había llegado su oportunidad. Todo había quedado en un susto y, aunque su plan no había resultado ser tan infalible como había pensado, tenía en su poder el joyero con el colgante que había venido a buscar. Pero seguía inquieto. Algo —algunos pensarían que era un detalle sin importancia— le preocupaba. ¿Debía dejar el cuadro como estaba o entretenerse y ponerlo todo en su sitio?

No había tiempo para ponerse a ordenar. Lord Evergreen ya había descubierto que habían entrado en su casa. Si volvía a colgarlo, la policía, que aunque a veces pareciese lo contrario, no era tonta, podría averiguar la distancia que había recorrido, sabiendo que, cuando regresó Lord Evergreen, el ladrón continuaba dentro. Fuere lo que fuere, debía salir de allí cuanto antes. Solo conocía un lugar seguro: su casa.

Volvió a la habitación que daba al cobertizo del jardinero. Intentó cerrar la ventana de la mejor manera que pudo y se dejó caer. Una vez en el exterior decidió intentar salir por el muro trasero en lugar de por la puerta principal. Quizá Lord Evergreen había dado ya la voz de alarma y cualquier persona que le viese salir de allí podría reconocerle. Observó la buganvilla que se esparcía por todo el muro. Tenía un grueso tronco, así que no le sería difícil trepar por él. Se encaramó intentando esquivar las espigas, sin mucho éxito,

pero ya tendría tiempo de quejarse más adelante, cuando estuviese a salvo, con su hermana, en su casa.

El muro que acababa de trepar delimitaba la vivienda de la mansión de Lord Evergreen con la de sus vecinos, otra vivienda de las mismas características que todas las de aquella zona.

—¡Maldición! —masculló entre dientes, intentando hacer el menor sonido posible, mientras se descolgaba.

Se cercioró, concienzudamente, de que nadie le había visto, y se paró unos segundos para ver el estado de sus manos. Las espinas le habían ralentizado y causado pequeños arañazos, nada de qué preocuparse. Además: con el trabajo del puerto, ya tenía la piel bien curtida y sería pusilánime si heridas como aquellas conseguían sacarle un solo quejido.

Debía seguir.

Tenía —desde aquella posición— dos opciones: podía salir por la puerta principal de aquella casa, rezando —algo que ya le había funcionado— para que nadie le viese; o podía saltar por el otro muro, intentando así llegar hasta algún callejón o a algún sitio lo más retirado posible de la escena del crimen. Pero ambas opciones tenían un factor en común: debía deshacerse del joyero. No podía pasearse por las calles de Londres con una pieza de artesanía como aquella. Podía haber sido un buen regalo para Lydia, y seguramente, si todo hubiese salido según lo planeado, se lo hubiese regalado, aunque eso hubiese supuesto mentir sobre su procedencia, pero dadas las circunstancias, lo mejor era tirar cuanto antes la caja y guardarse el colgante en los bolsillos.

Pegado a la pared de la casa, y escondido de la mejor manera que el entorno le permitía, se acercó a la salida. La verja era

perfecta para permitirle ver la calle sin ser él visto. Se asomó y escrutó los alrededores. Había un hombre barriendo la entrada de su casa, o seguramente —para ser más precisos— la de su señor. Había también algunas mujeres que se podía deducir que iban al mercado. Nadie parecía alterado, ni lo más mínimo. ¿Habría ido directamente Lord Evergreen a la policía? Todo podía ser: la gente de alta alcurnia detestaba protagonizar escándalos y, si lo hacía —independientemente de si era voluntaria o involuntariamente— dejaba de pertenecer a la gente de buena estrella.

Dejó el joyero escondido tras unos setos frondosos, lo suficientemente bien escondido como para que tardasen en encontrarlo, y se guardó el colgante en el bolsillo de su pantalón. Había muchas más joyas que poder llevarse: pendientes de mujer, anillos... Todas pertenecientes seguramente a la madre de Lord Evergreen. No podía llevarse nada más, su moral se lo impedía, eso era lo que le diferenciaba de un vulgar ladrón. Él robaba por necesidad, y siempre lo que le encargaban. Nunca había robado para sí mismo o porque su hermana necesitase algo o por mero capricho, pero también sabía que, si era algo vital, no dudaría en hacerlo. ¿Aquel pensamiento lo convertía en una mala persona? Su respuesta, para cuando su conciencia le planteaba dilemas morales, era la misma: «Tyler, a ti todo te está permitido. Eres una víctima de la sociedad». Pero no llegaban a convencerle aquellas palabras de consuelo.

Abrió la puerta del jardín, y las bisagras —algo oxidadas y muy mal cuidadas— rechinaron. El mayordomo barredor le fulminó con la mirada.

«Disimula, Tyler. Disimula».

Se alejó lo más discretamente posible, pero su presencia — básicamente, por la austeridad de su ropa— destacaba como lo puede hacer un pregonero ejerciendo su trabajo dentro de una biblioteca. La gente como él no tenía cabida en barrios tan elegantes: ¡hasta la servidumbre vestía mejor!

Tyler se apresuró en torcer la esquina. La mirada del mayordomo le agujoneaba la nuca y sentía un fuerte impulso de salir corriendo, pero de haberlo hecho, hubiese sido lo mismo que gritar a los cuatro vientos: «¡Acabo de cometer un delito!».

Cuando quiso darse cuenta, estaba ya de camino a su casa, con una valiosa joya escondida en sus pantalones y con un corazón que empezaba a relajarse. Las calles se llenaban de personas y carrozas, aunque su cerebro omitía, involuntariamente, todo lo que veía. Estaba preocupado. ¿Y si aquel hombre le delataba? ¿Y si tenía que coger sus cosas y huir de Londres para evitar ir a prisión? ¿Qué le diría a Lydia? ¿Cómo se lo explicaría?

Lo mejor sería que se deshiciese cuanto antes del colgante. Iría directamente a la oficina de Leopold, le daría la joya, recibiría el dinero y seguramente prepararían algún tipo de coartada por si aquel mayordomo se iba de la lengua. Leo no le dejaría en la estacada, seguro que algo se inventaría para protegerle.

Tyler seguía con la vista puesta al frente. El cielo se había nublado y amenazaba con lluvia. El bolsillo parecía pesarle diez veces más de lo normal, no por la joya, sino por sus remordimientos. Siempre, después de cada uno de esos encargos, cuando se tumbaba en la cama, se decía: «Nunca más». Aunque sabía que, si quería seguir llevando aquel nivel de vida, aunque fuese tan austero, debía seguir aceptando encargos de Leopold. Sus pensamientos

se volvían —como siempre— más y más oscuros. Se imaginaba en una celda, con un traje de prisionero, forzado a realizar duros trabajos y excluido de la sociedad; aunque lo peor era cuando se imaginaba a Lydia: en la calle, sin lugar donde guarecerse de las inclemencias del tiempo, pasando frío, sin ver el mundo que la rodeaba, pidiendo limosna en la puerta de una iglesia o haciendo favores sexuales a depravados que quisieran aprovecharse de su situación. Iba tan cegado por sus miedos que parecía como si el mundo que imaginaba fuese el real y todas las personas que le rodeaban no existiesen. Andaba tan ausente de su entorno que se dio cuenta de que había chocado con alguien cuando ya estaba sentado en el suelo. Alzó la vista y vio a un hombre con bigote poblado y mirada severa; llevaba en su cabeza un bombín negro, o de un azul muy intenso, como el resto de su traje; en la parte frontal, el sombrero tenía una placa dorada, y en la parte más alta, otra. El uniforme era demasiado característico para confundirlo: la casaca con la larga línea de botones dorados —igual de lustrosos que las decoraciones del bombín—; el cinturón, con su hebilla, por debajo de la barriga; y las líneas decorativas —también doradas, pero de hilo— que tenía en los brazos. Era un policía.

De entre todas las personas que había en aquella plaza, tenía que chocar contra un policía. ¿Se había acabado ya su suerte?

—¡Niño, mira por dónde andas! —le gruñó el policía, observándolo con una mirada podría decirse que suspicaz.

Tyler se levantó. Su corazón se volvió a acelerar y el collar —aunque él sabía que aquella sensación estaba producida únicamente por los nervios— le pesó diez mil veces más.

—Disculpe agente.

Pero el policía no le miraba a él. Tenía la vista fija en el suelo. Tyler agachó la mirada, temiendo lo peor.

Su alma se heló, se petrificó, ardió de nervios y un sinfín de sensaciones más. Con el tropiezo se le había caído el colgante, y el policía lo miraba, seguramente haciéndose la misma pregunta a la que Tyler, a toda prisa, intentaba dar una respuesta, para cuando la formulase: ¿De dónde había sacado ese colgante?

Siempre podía alegar que lo había encontrado en la calle y que iba a comisaría para entregarlo. Pero sabía que no colaría, y menos con aquellas ropas. Un chaval de su clase, si se encontraba una joya como aquella, no dudaría en quedársela; si hubiese ido un poco más arreglado, sin llegar a la elegancia, hubiese tenido un cincuenta por ciento de probabilidades de que le creyese, dependiendo, básicamente, del estado de ánimos y de las ganas de trabajar del policía; mientras que, si vistiese con las ropas que solía vestir cuando vivían sus padres, no hubiese dudado en que aquella joya le pertenecía.

—¿De dónde has sacado eso?

La voz sonaba enfadada. Tyler supo, al instante, que respondiese lo que respondiese, estaba perdido. El policía no le creería, pero debía responder rápidamente o su silencio sería peor que cualquier respuesta. Y entonces, como un rayo surca el cielo, se le ocurrió una historia.

Tyler improvisó su cara de pena y miró al policía con los ojos llorosos.

—Señor agente, llevo días sin comer. Mi hermana y yo hemos intentado evitar, a toda costa, el tener que vender esta joya, que es la última pertenencia de nuestra difunta madre, señor agente. Pero

el hambre ya es insoportable. —Era el turno de las lágrimas—. Sé que no me creerá, y si quiere, puede comprobar que lo que le digo es cierto.

El policía seguía mirándole, con la misma cara avinagrada, con la misma impasividad.

—¡Enséñame tu documentación! —le ordenó.

Pero no llevaba documentación. Normalmente, su identificación la guardaba en la cartera, dentro del bolsillo interior de la chaqueta, pero cuando iba a hacer alguno de esos encargos, siempre la dejaba en casa, por varios motivos: por si se le caía en la escena del robo, o por si se topaba con situaciones como aquella, aunque nunca hubiese imaginado que decir una verdad a medias, le salvaría el pellejo.

—No la llevo encima, señor agente. No puedo permitirme el lujo de perder mis papeles. Usted me entenderá, si quiere puede acompañarme a casa a por ella. —Mientras usaba la técnica de la verborrea incesante, se daba cuenta que no era la mejor técnica que usar con aquel policía—. O si se fía usted de mí, mi nombre es Tyler, señor agente, Tyler Stands.

El policía pareció reaccionar a su nombre. Su ceja izquierda se había levantado y su boca se había abierto, ligeramente.

—¿Stands? ¿Tyler Stands, has dicho?

—Eso es, señor agente. Mis padres murieron hace tres años...

Pero no le dio tiempo a hablar más. El policía se llevó las manos a la espalda y se descolgó del cinturón las esposas mientras agarraba, por el brazo, con fuerza a Tyler.

—¡Tyler Stands, quedas detenido por el robo en casa de Lord Harold Evergreen!

El cielo estaba nublado y la lluvia llegaría en pocos minutos.

Tyler miró, paralizado, cómo el policía le ponía las esposas. Todo volvía a pasar a cámara lenta. Su mente no creía que le hubiesen atrapado. Siempre había temido verse en aquella situación. ¿Qué podía hacer? ¿Debía avisar a Leo! Él se encargaría de sacarle de la cárcel, y esperaba que también se hiciese cargo de Lydia. Pero algo no le cuadraba: ¿Cómo sabía que él, Tyler Stands, era el que había entrado a robar en casa de Lord Evergreen?



TYLER STANDS

2

La música de Butcher al piano amenizaba el gran salón del selecto club al que pertenecía Lord Harold Evergreen. Todo era perfecto, quizá demasiado. La madera con la que estaban forradas las paredes brillaba como el primer día, al igual que las mesas, las sillas, los grandes y acolchados butacones, los cristales de las grandes vitrinas que guardaban las bebidas espirituosas... Todo en general emitía ese brillo que normalmente se perdía en la primera semana de uso. Los cuadros —distinguidos socios seguramente ya difuntos— estaban perfectamente alineados; los marcos relucían como si fuesen de oro, y los lienzos habían sido tratados para que ni se resquebrajasen ni se decolorasen. Todo el club, tanto el gran salón como las salas de reuniones, las de juegos, la cafetería y todas las dependencias, rezumaban ese aroma a confort, mezclado con brandy y virilidad, aderezado con una pizca de humo de tabaco —lo justo para no dejar una atmósfera densa y cargada— haciendo del Rowling and King uno de los clubs más selectos de casi todo Londres.

Harold dejó cuidadosamente su chistera en el perchero —un largo palo de madera oscura, con un sinfín de brazos enroscados— al igual que su abrigo, se colocó bien el reloj de bolsillo, se ajustó un

poco sus ropajes y saludó, como de costumbre, a sus compañeros de aventuras financieras: Lord Backwell, propietario de unas minas de carbón al sur de Gales, de espeso bigote y halitosis; James Hogger, dueño de una flota pesquera, uno de esos a los que la sociedad llamaba nuevos ricos; y finalmente, Lord Julian Croft, banquero y principal distribuidor de rumores en Rowling & King.

Ninguno de aquellos tres personajes le caía bien, pero, ¿acaso importaba eso en las esferas en las que él se movía? Harold suponía que aquel era el papel que le había tocado interpretar en su vida, siempre y cuando continuase queriendo jugando a *poder y riquezas*. Sabía también, con una rotundidad absoluta, que él tampoco caía bien, y que le sonreían y le hablaban por la cantidad de ceros que tenía en su cuenta bancaria, pero no le importaba. Aquellas personas —y a veces se reprendía a sí mismo por pensar de aquella forma— eran prescindibles. Si se diese el caso de que alguno de ellos se arruinase —algo muy factible, dada la incertidumbre de los mercados—, sería expulsado y sustituido con una abrumadora rapidez. Por eso, Lord Harold Evergreen siempre se preguntaba lo mismo: ¿merecía la pena entablar una verdadera amistad con aquellos hombres? Y la respuesta siempre era la misma: No.

Él ya tuvo sus amigos, cuando pensaba que la amistad existía, cuando era un joven iluso que creía que las personas importantes de su alrededor estarían con él para siempre. No pasaba un día sin que no se acordase de los buenos momentos vividos, y sin que no se arrepintiese de no haber hecho nada para cambiar el pasado, pero ya no había vuelta atrás. Todos habían desaparecido, únicamente quedaban él y Amatiste, la única mujer del grupo, la misteriosa y enigmática Gaia, como le gustaba que la llamasen en honor a la diosa griega de la tierra.

Lord Harold Evergreen volvió a sumirse, como una de tantas veces, en los recuerdos de su memoria, cuando no era más que un joven soñador, con una gran fortuna y un próspero futuro entre las manos.

—Nos hemos enterado del robo en su casa, Lord Evergreen — dijo Lord Croft, sin saber que su compañero tenía la mente años atrás—. ¿Se han llevado mucho?

Harold sacudió la cabeza y miró al banquero a los ojos, con expresión aturdida.

—¿Eh? ¡Oh, disculpe! El robo... —contestó demostrando sus buenos reflejos—. No, la verdad es que podían haberse llevado más cosas. Tan solo he echado en falta un joyero que contenía baratijas de mi señora madre. Nada de valor, afortunadamente.

—Pues ha sido una suerte que encontrasen al ladrón tan rápido —aportó el señor Hogger tras darle una larga calada al puro que estaba fumando, con cara de gran placer.

—Según tengo entendido —Lord Croft miraba a sus compañeros con la malicia y soberbia de saber que era el único que conocía todos los detalles—, cogieron al ladrón en plena huida porque tuvo la mala fortuna de tropezarse con un agente de la ley y se le cayó un colgante del bolsillo del pantalón donde lo guardaba.

Ese era el papel que satisfacía a Lord Croft, desvelar información que el resto desconocía, demostrando que nada se escapaba a su control y que podía enterarse de todo lo que sucedía a su alrededor, hasta del más ínfimo detalle.

—Habrà interpuesto una denuncia, ¿no? —preguntó Lord Backwell.

—Por supuesto. A ese ladronzuelo se le quitarán las ganas de volver a meterse en casas que no sean las suyas —contestó Harold.

—Eso si tiene... —bromeó, con cierta sorna Lord Backwell, ganándose cumplidas risas al unísono.

—Sí. Tiene casa, y antes tenía familia. —Una voz femenina se acercó sigilosamente al grupo.

Todos callaron de repente. Ese era el efecto que Amatiste Balder causaba en los hombres.

Gaia se quitó el pequeño sombrero y se retocó el pulcro peinado. Su caminar era prácticamente hipnótico, se contoneaba —podría decirse que a propósito— como si disfrutase siendo el centro de atención, mientras que, con su fulgurante mirada, parecía sentenciar a muerte a todos los que la rodeaban. Era una mujer de la que emanaba poder y una salvaje voluntad, que nunca se doblegaría ante ningún hombre ni ante los comentarios que el resto de mujeres hacía sobre ella. Amatiste estaba por encima de todos.

—Buenas tardes, caballeros —saludó—. Veo que el tema de conversación de hoy es el robo en casa de Lord Evergreen. —Su mirada, viva como el fuego, fue saltando de uno en uno, y cuando miró a Lord Croft, se detuvo. Iba a facilitarle información que seguramente desconocía, y le encantaba ver su expresión de dolor cuando alguien invadía su terreno—. Deben saber que el muchacho que ha entrado en casa de Lord Evergreen se llama Tyler Stands.

Gaia dejó unos segundos de silencio dramático, mientras miraba a Lord Evergreen con cara de «Luego hablamos tú y yo».

—¿No reconocen el apellido? —continuó Gaia.

—Pero la familia Stands... —Lord Backwell sabía de quién hablaba Amatiste.

—Efectivamente. El ladrón es el huérfano de Lord August Stands.

Harold palideció al escuchar el nombre de su antiguo amigo.

—Ahora, si me disculpan, caballeros, Lord Evergreen y yo tenemos asuntos privados que tratar. ¿Verdad, Harold?

Gaia era la única persona en todo Rowling and King que le tuteaba —algo comprensible, puesto que se conocían desde hacía mucho tiempo— pero normalmente, cuando esto sucedida en público, era porque quería algo, y suponía que, esta vez, ese algo iba relacionado con la familia Stands.

Ambos se distanciaron del grupo, aunque para Gaia no fue suficiente. Cogió a Harold del brazo y, con una sonrisa, lo arrastró suavemente hacia el jardín.

Harold recibió el aire del exterior como si fuese aire puro de las montañas. El ambiente acogedor del Rowling and King siempre le abotagaba y le adormecía. Miró el jardín, la verde hierba, las estatuas de mármol blanco y las fuentes a las que algunas palomas bajaban a beber. El mundo se le antojaba un lugar bonito para vivir, pero tenía la extraña sensación que con la petición de Gaia —fuese la que fuese— todo se iba a ir al garete.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que tienes que pedirme? —le preguntó Harold sin darle tiempo a tomar la iniciativa.

Gaia le sonrió tan dulcemente como una serpiente a un ratón.

—Sabes que no vas a poner denuncia alguna, ¿verdad?

Harold arqueó una ceja.

—Suponía que esta reunión giraría entorno a August, y veo que no estaba equivocado.

—No. No lo estás. No puedes dejar que condenen al muchacho. La voz de Gaia sonaba más tajante que lo normal.

—Así que pretendes que dejemos a un ladrón suelto...

—Ese chico no es un ladrón —lo interrumpió bruscamente—. ¿He de recordarte que Tyler es hijo de August?

A Harold no le gustó la forma en la que pronunció la palabra *hijo*, aunque sinceramente, no le gustaron muchas cosas que su amiga había dicho. En su interior batallaban sentimientos contradictorios. Sabía, por una parte, que no interpondría denuncia contra el muchacho; por otro lado, el que August volviese a aparecer en su vida, incluso muerto, removía recuerdos que se había obligado a sellar.

—Está bien. No pondré la denuncia.

Gaia sonrió triunfal. Había obtenido la primera victoria, ahora vendría la segunda.

—¿Sabes que tanto él como Lydia viven en un piso viejo y húmedo, cerca del puerto?

—¿Lydia también sigue viva?

—Sí. La explosión solo mató a los adultos.

—Y, ¿qué quieres? ¿Qué los saque también de las calles y les dé alojamiento?

Gaia rio sonoramente, con una dulce pero enigmática carcajada.

—¡Veo que tantos años a mi lado han hecho que me conozcas!

Harold la miró fijamente. Sabía que terminaría aceptando y no tenía ganas de batallar.

—Está bien. Me convertiré en el tutor de ambos. —Harold adoptó una expresión interrogativa—. ¿Puedo al menos saber por qué después de tantos años muestras este afán por proteger a los hijos de August?

—¿A los hijos? —Gaia sonrió—. Tan solo necesito a uno. Y ya sabes el porqué.

Harold Evergreen se llevó la mano a la sien y se masajeó, intentando evitar que le apareciese una tenaz cefalea.

—El Ómphalos —la miró con los ojos entrecerrados—. ¿Ha pasado ya tanto tiempo?

—*Touché, mon ami.* —Gaia asentía con la cabeza.

—Pero, ¿por qué después de tanto tiempo? ¿No están las cosas bien como están ahora? ¿Por qué remover los fantasmas del pasado?

La expresión de Gaia se volvió más sombría. Miraba a Harold con severidad.

—Sabías, tan bien como yo y como el resto, que aquello era solo una tregua temporal. Que no te sorprenda. Ahora, solo tienes que hacer bien tu trabajo y vigilar al chico. ¿Entendido?

—Sí, Gaia —contestó sumiso Harold Evergreen.

—Así me gusta —le dijo mientras volvía al interior.

Lord Evergreen se quedó en el jardín mirando el cielo, o al menos eso parecía. Estaba despejado, pero sabía que se avecinaba una tormenta. Una tormenta que se había gestado muchos años atrás, cuando no eran más que unos jóvenes que hicieron un sorprendente descubrimiento.

3

Los presidiarios entonaban una burlona canción de bienvenida cuando los funcionarios de prisiones arrojaron a Tyler dentro de una oscura, fría y húmeda celda.

Su coartada no había funcionado. Además, añadiendo el testimonio del mayordomo, su culpabilidad estaba más que clara. Le habían pillado con las manos en la masa y, o sucedía un milagro, o podría pasar mucho tiempo oliendo esa mezcla de pan florido con excrementos añejos. Por no hablar de las cosas que la gente en la calle comentaba que sucedían allí dentro —sobre todo a chicos jóvenes y guapos como él—, además, lo que escuchaba que le decían los demás presos reafirmaba los mitos que circulaban sobre lugares como aquellos.

Entre los gritos, el sonido del desagüe y los nervios que le producía el estar allí, no había reparado en algo de vital importancia: Lydia.

El mundo se le vino abajo cuando se acordó de su hermana. Le necesitaba para sobrevivir. Ciertamente era que, pese a su aspecto de muchacha indefensa, no era una cieguita desvalida, sabía manejarse perfectamente por casa, incluso cocinaba, siempre y cuando todo estuviese en un severo orden, algo de lo que siempre se había

encargado ella. Pero, ahora, ¿quién le llevaría la comida? ¿Quién aportaría dinero a casa? Empezó a dar vueltas por su celda barajando todas las posibilidades para escaparse.

Examinó los barrotes detenidamente. Eran fuertes, pintados de negro aunque un poco oxidados por la humedad. Las celdas estaban separadas entre sí por unas paredes de ladrillos, cubiertas de una sustancia verdosa que a Tyler le pareció moho. Al fondo, estaba la única ventana de la celda, también protegida con barrotes negros. Se acordó de escenas que había leído en libros, cuando era pequeño, en la que el joven pillo salía de la cárcel gracias a las limas que le escondían en los pasteles que le llevaban. Pero él no tenía a nadie que le cocinase un pastel, además, nadie sabía que estaba allí, ni tan siquiera Leopold, la única persona que podría ayudarle, aunque, si veía que se retrasaba con el encargo, suponía que empezaría a buscarle. Ahora bien, la pregunta era: ¿se arriesgaría Leo a intentar sacarle de la cárcel?

Tyler se sentó en su camastro y hundió la cara tras las manos. Tanto él como Lydia estaban perdidos. Leopold era su única esperanza, y estaba completamente seguro de que tenía tantos trapos sucios que esconder que no se arriesgaría a visitar, ni tan siquiera, la puerta de la entrada.

—¡Joder! —dijo, intentando ahogar su voz. Al menos estaba solo en la celda, y si podía evitar salir de allí estaría seguro en cierta manera. Aunque todavía tenían que celebrar su juicio, su culpabilidad estaba clara: solo vería a un juez para que decretase el tiempo que debería pasar allí dentro. ¿Y si aprovechaba el momento en el que los guardias lo llevasen al juzgado para escapar? Podría darle un codazo en el estómago a uno y salir corriendo. Intentaría esquivar

las balas y luego... Descartó la idea inmediatamente. ¿Viviría como un fugitivo el resto de su vida?

Aún andaba perdido en sus pensamientos cuando los gritos de los presos le comunicaron que los guardias entraban con otro recluso.

«¡Qué no lo pongan conmigo! ¡Qué no lo pongan conmigo!», suplicaba mentalmente.

Los funcionarios se detuvieron delante de la puerta de Tyler.

—¡Eh, tú, guapito de cara! —dijo uno mientras el otro abría la puerta—. Aquí tienes a tu compañero. Cuidalo, que es de la nobleza. —Y empujaron a otro preso dentro. El hombre cayó de rodillas al suelo—. ¡Ah, se me olvidaba! Este no está muy cuerdo, ¿verdad, Barón? —bromeó entre risas y alejándose.

El preso, al que habían llamado Barón, levantó la vista. Su flequillo largo y rubio le tapaban casi toda la cara, pero se seguían viendo sus ojos azules a través de él.

—Verdad, verdad. Tengan cuidado con los duendes de los dientes, no vayan a...

No terminó de hablar cuando se giró bruscamente y miró a Tyler.

Era un hombre que debía de tener la misma edad que su padre, si continuase vivo. De pelo rubio, largo y dejado, vestía el mismo uniforme que todos allí, aunque el suyo estaba ya demasiado descolorido y viejo, lo que significaba que había pasado mucho tiempo encerrado.

El Barón se acercó a Tyler descaradamente y le cogió por el mentón. Le giró la cara hacia un lado y hacia el otro y luego le metió los dedos en la boca para abrírsele y mirarle los dientes.

—¡Pero...!

Tyler se apartó, intentando escupir aquel sabor a almendras amargas que le habían provocado los sucios dedos del Barón.

—Estas sano, ¿eh, chico? —se retiró un poco el pelo de la cara y lo miró a los ojos.

—¡Mirad chicos! ¡El Barón ya tiene nueva novia! —gritó uno de los presos.

—¡Cállate, maldita sea, Ebony, o te juro que lavaré tu negro trasero con lejía, hasta que parezca el culo de un chino! —le espetó.

Todos se callaron de golpe y el Barón volvió a mirar a Tyler.

—Y bien, ¿no te han enseñado tus padres a presentarte?

Tyler no sabía qué papel interpretar, pero una cosa sí que tenía clara por el respeto que imponía a los otros presos: debía tener a ese Barón como aliado, al menos todo el tiempo que estuviese allí dentro.

—Me... me llamo Tyler, Tyler Stands —dijo titubeando.

El Barón lo miró a los ojos, aunque su actitud desafiante cambió de pronto.

—¿Has dicho Stands?

—Sí —dijo Tyler escuetamente. Creía que el rol de niño obediente era lo mejor para lidiar con el Barón.

—Dime, chico, ¿cómo se llama tu padre?

—Mi padre falleció hace años, señor. No creo que sea relevante el nombre de un fantasma.

—Yo decido lo que es relevante, chico. —El Barón parecía cada vez más nervioso—. Te repetiré la pregunta. ¿Cómo se llamaba tu padre?

—August, señor. August Stands.

El Barón se separó de Tyler, despacio, hasta que tropezó con su camastro y se sentó.

—No, no puede ser. ¡Tú no puedes estar aquí! —el Barón empezó a hablar y divagar solo—. Se suponía que él tenía que cuidar de ti. ¿Qué ha estado haciendo? No puede ser...

El Barón se llevó las manos a la cara y se retiró el pelo hacia atrás.

—¿Sucede algo, señor? —le preguntó tímidamente Tyler.

Pero este no parecía estar por la labor de contestar. Se levantó enérgicamente y cogió a Tyler por los hombros, con cierta fuerza.

—¡Tienes que salir de aquí! ¡Tú no deberías estar aquí dentro!

—Me está haciendo daño. ¿Puede decirme qué es lo que le sucede? ¿Se encuentra bien?

El Barón se relajó un poco y soltó a Tyler.

—¿De qué te acusan, hijo?

—De robo.

—¿Solo?

—Sí.

—Por un robo te pueden caer de dos meses a diez años, hijo. ¿Es que no te enseñó tu padre nada?

—¿Conocía a mi padre?

—¿Qué si le conocía? —El Barón parecía haber vuelto a su estado sereno—. Chico, te conocía a ti cuando no eras más que un niño con pañales.

Aquello pilló a Tyler por sorpresa. No recordaba haber visto a aquel hombre en su casa, ni tan siquiera en fotografías familiares, ni cuando iba con su padre al Rowling & King.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

Tyler supuso que ya no necesitaba al personaje de niño bueno si era verdad que aquel hombre era amigo de la familia.

—¿Me vas a dar ahora una charla? Porque no sé si te has visto, pero creo que tú no estás aquí por tus buenas acciones.

El Barón sonrió.

—El que yo esté aquí es irrelevante, chico. Pero tú... Dime, muchacho, ¿con quién vives? ¿Dónde vives?

Tyler arqueó una ceja.

—¿No crees qué estás haciendo demasiadas preguntas? ¿Por qué dices que me conoces desde que era pequeño? No recuerdo haberte visto nunca por casa.

El Barón se sentó de nuevo en la cama y volvió a mirar a Tyler.

—Supongo que es lícito que te de ciertas respuestas, antes de formular mis preguntas. —Tyler asintió con la cabeza y se sentó en su camastro—. Tu padre siempre me llamaba *Barón*, decía que el apellido Von Häuser era muy esperpéntico. —A medida que hablaba, aquel extraño hombre iba adquiriendo una expresión más melancólica, siempre adornada con esos aires de locura, que insistían en no abandonarle—. Conocía a August desde que éramos jóvenes, desde hacía muchos años, asistí incluso al bautizo de tu hermana Lydia.

—Pero eso no prueba nada.

El Barón se encogió de hombros.

—Creo que nada de lo que pueda decirte probará nada. No, mientras estemos aquí adentro. ¿Sabes qué es el proyecto Ómphalos, chico? —El Barón, al ver que no respondía, continuó—. Ese proyecto era en lo que estaba trabajando tu padre el día de su muerte. Fue su último proyecto. —A Tyler no le gustaba que hablasen de su padre, empezaba a sentirse un poco incómodo descubriendo que había cosas que no conocía del que creía saberlo todo—. ¿No tendrás por

casualidad su cuaderno? Con ese cuaderno podrías comprobar que lo que te digo es cierto.

Ese cuaderno que mencionaba era una de las pocas pertenencias que habían sobrevivido, en cierta manera, a la explosión. ¿Sería cierto que él era amigo de su padre?

—Aunque, se supone —el Barón continuó hablando— que, si nos pasaba algo a nosotros, a vosotros dos...

No llegó a terminar lo que pretendía decir cuando un nuevo funcionario de prisiones se acercó a la celda, abrió la puerta y llamó a Tyler.

—Es tu día de suerte —dijo el funcionario con tono avinagrado—. Puedes irte.

—¿Qué? —dijo Tyler sorprendido—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No hagas que me arrepienta. Lord Evergreen ha retirado los cargos.

Y al escuchar el nombre, tanto Tyler como el Barón palidecieron.

—Recoge tus... —El funcionario examinó de arriba abajo a Tyler y le hizo un gesto con la cabeza para que saliese.

Tyler miró por última vez al Barón y este, rápidamente, le cogió la mano.

—Ten cuidado, ¿vale, muchacho? Acordaros de los guardianes, ¿vale?

—¿Qué?

Pero el funcionario parecía tener prisa. Usó su porra para atizar al Barón y que soltase a Tyler. Enseguida sacó al muchacho de la celda y se lo llevó.

—¡El Ómphalos, chico! ¡Buscad el Ómphalos! —empezó a gritar el Barón, entre carcajadas dementes.

Tyler miró hacia atrás. El hombre continuaba repitiendo aquella palabra extraña. Enseguida sus gritos se fusionaron con los del resto de los presos, inundando aquel pabellón de una cacofonía ensordecedora.

El funcionario le llevó esposado y bien sujeto por un largo pasillo lleno de puertas. Abrió una, metió a Tyler y se marchó.

La habitación era cuadrada y solo tenía una mesa rectangular y cuatro sillas. Parecía ser una sala de interrogatorios, pero si a él le iban a quitar los cargos, ¿para qué iban a interrogarle? ¿Querrían que delatase a Leo?

A los pocos minutos, la puerta volvió a abrirse. Entró un señor vestido con un elegante traje de color negro, con su chaleco, su camisa, sus pantalones bien planchados, su bastón de empuñadura dorada...

—Así que tú eres Tyler Stands, el jovenzuelo que ha intentado robar en mi casa. —Tyler sintió cómo su corazón se aceleraba por momentos mientras Harold lo examinaba con la mirada—. Sí, yo soy Lord Harold Evergreen.

Tyler lo miraba. Intentaba descifrar por su lenguaje corporal qué era lo que sentía aquel hombre, pero su aspecto no le decía nada. Si sentía ganas de darle soberana bofetada o la más sincera misericordia, era un enigma. Aquel hombre parecía controlar, a la perfección, sus emociones.

—¿Es cierto que va a retirar los cargos? —se aventuró a preguntar Tyler, sabiendo que no era lo más prudente. Un sincero, aunque fingido, *lo siento* hubiese ayudado más.

—Me gusta tu sinceridad —dijo Harold sonriendo—. Sí, era lo que tenía pensado hacer.

—¿Puedo saber por qué?

Las personas de la altura de Lord Evergreen no brillaban por la misericordia ni la piedad. Se sentían orgullosos por el altruismo de sus acciones, ciegos a la verdad, confundiendo lo que ellos llamaban caridad con soberbia.

—Al parecer, tienes un ángel de la guarda, joven. —Harold empezó a caminar por la habitación mirando a Tyler—. Nunca hubiese imaginado que eras tú.

—¿Nos conocemos? —Tyler estaba extrañado.

—Te conocí cuando eras un bebé. Eres Tyler, Tyler Stands, el hijo de August ¿verdad?

¿Más gente que decía conocer a su padre? Tyler empezaba a pensar que aquello era una broma, que alguien se estaba desternillando de risa mientras lo miraban por algún agujerito.

—¿También conocía a mi padre?

—¿También? —Harold arqueó una ceja, extrañado.

—Es la segunda persona que afirma conocer a mi padre, en menos de dos horas.

Harold miró al muchacho, extrañado. August y él habían sido, durante mucho tiempo, grandes amigos, y habían conservado esa amistad hasta prácticamente días antes del fatídico accidente que se lo llevó. Conocía su entorno porque era el mismo; sus amistades, más bien escasas; y a toda la gente que estaba relacionada, en mayor o menor medida, con él. Bajo rápidos pensamientos, en su mente, hacía cábalas sobre la posible identidad de la persona que había conocido Tyler en prisión. ¿Algún conocido estaba allí dentro? Preguntarse la identidad de esa persona le llevaba a otra pregunta, más importante: ¿sería él?

—Dime, muchacho, ¿quién de ahí dentro puede asegurar conocer a tu padre?

—Se hace llamar el Barón, aunque no me dijo su nombre. ¿Le conoce?

Harold notó cómo la sangre le subía a la cabeza. Miraba a Tyler, aunque podía decirse que no lo veía. En realidad, viajaba mentalmente tiempo atrás, concretamente tres años, antes de la muerte de August. Estaban los tres en una taberna, lejos del Rowling and King, a salvo de miradas y oídos curiosos, afortunadamente para ellos, pues a partir de aquel día nada fue como había sido en el pasado. Tres días y August murió, y al pasar otros tres días, Eric, o como le había llamado Tyler, el Barón, desapareció. ¿Habría estado todo ese tiempo en la cárcel?

—¿Se encuentra bien? —Tyler lo miraba con cara de sorpresa—. ¿Conocía al Barón?

Tenía que ir con cuidado. No sabía hasta qué punto habían hablado ellos dos ni hasta dónde le podía haber contado Eric.

—¿Has conocido al Barón? —Su voz sonaba algo forzada y fingida, pero era lo mejor que podía hacer—. Espero que no te haya dicho ninguna mamarrachada ni te haya molestado.

—No me ha dicho nada. —El control que Lord Evergreen tenía sobre su cuerpo se venía abajo. Había palidecido y sudaba. Tyler estaba completamente seguro de que escondía algo. Debía ir con cautela—. Dijo que era un antiguo amigo de mi familia.

—Sí, bien dicho —asintió Harold—, era. Tu padre y él no terminaban de congeniar muy bien, siempre terminaban discutiendo, hasta que, al final, el Barón agotó la paciencia de tu padre. En cambio, August y yo siempre nos llevábamos bien, sabíamos trabajar juntos, conversar...

—Pues me disculpará, pero tampoco le recuerdo.

¿Un hombre que decía llevarse tan bien con su padre y ni tan siquiera le sonaba su nombre? Allí había gato encerrado, de eso estaba seguro, pero tenía que seguirle el juego, o quizá se arrepentiría y volverían a encerrarle. Quizá Lydia se acordase de él.

—Tu padre siempre mantenía su vida de negocios fuera de la familiar, aunque es posible que tu hermana, Lydia, se acuerde de mí. Pero no he venido para decirte lo muy amigo que era de tu padre. —Lord Evergreen miró inquisitivamente a Tyler—. Estoy aquí porque quiero ofrecerte algo a lo que no te podrás negar.

Tyler empezó a temer que la promesa de libertad fuese algún tipo de engaño, como si el precio con el que debía pagar por ella fuese más elevado que lo que obtendría, incluso tratándose de su libertad. Su mente —en ocasiones sucia y perversa— se imaginó haciendo favores, de aquellos que hacen las mujeres de vida alegre, a aquel extraño hombre. El mero pensamiento le hizo estremecerse. Harold pareció adivinar los pensamientos de Tyler.

—Tranquilízate, muchacho. Los cargos ya han sido borrados y esta experiencia eliminada de tu expediente. Oficialmente, nunca has estado en la cárcel. —Harold suspiró y continuó—: Ahora bien, un servidor no tiene descendencia, y ando buscando algún joven de calidad y con cualidades para que algún día herede mi imperio. ¿Y qué mejor que el hijo del que yo consideraba mi propio hermano?

¿En serio? ¿Le quitaba los cargos y le hacía rico? Aquí había algo que no entendía y que se le escapaba. Tyler rebuscó sus más exquisitos modales y contestó:

—Agradezco su ofrecimiento, milord. Realmente se lo agradezco, pero un servidor no está solo en este mundo. Tengo que

hacerme cargo de mi hermana, a la que ha nombrado. No sé si sabe que la visión de Lydia quedó afectada el día de la explosión. Por nada la dejaría sola.

—Conmigo no hace falta que seas tan modoso, Tyler. Puedes tratarme con confianza. Por supuesto que conozco el caso de tu hermana, y por supuesto que no habrá inconveniente en que ella se venga también con nosotros.

Tyler optó por un argumento más brusco.

—Está bien, señor Harold. Creo que no soy el chico que busca. Uno ya se ha acostumbrado a un nivel de vida, y cambiarlo se haría difícil.

—Pero tu hermana... ¿Podríamos intentar curar sus ojos! ¿No tienes ganas de que Lydia pueda volver a ver?

—¿Es eso posible?

—Por supuesto —afirmó Harold, con una sonrisa—. Ya he estado preguntando a los doctores en los que tengo depositada mi total confianza, y me han dicho que hay posibilidades de que tu hermana pueda recuperar la vista.

Con ese argumento le había tocado la fibra. Si podía ayudar a Lydia, haría lo que fuera, hasta dar sus propios ojos. Tampoco quería parecer ansioso por aceptar. Sentía, claramente, que aquel hombre lo tenía todo calculado. Sabía qué teclas tocar para que aceptase la propuesta.

—Si acepto, ¿qué es lo que quiere a cambio?

Harold se levantó de la silla, se arregló un poco la chaqueta de su impoluto traje y miró a Tyler.

—Nada que no te hubiese pedido también tu padre. —Debía seguir actuando con cautela, no mostrarse demasiado permisivo,

para que no sospechase, ni ser demasiado duro con su petición, para que no reculase. Al fin y al cabo, no tendría que aguantar mucho tiempo esa situación, únicamente hasta que se diese el cambio—. Tendrás que estudiar Economía, Historia, Política y Ciencias si quieres seguir la carrera de tu padre. Además, tanto tu hermana como tú, deberéis recibir clases de buenos modales y protocolo, aunque eso es algo que lleváis en la sangre, supongo que solo hará falta que os refresquen un poco la memoria, ¿no?

Le estaba prometiendo la vida que hubiese llevado con su padre. ¿Qué tenía que perder? Pero las palabras del Barón se repetían en su mente. Ómphalos, el último proyecto, los guardianes...

—Está bien. Acepto.

4

Tyler se detuvo delante de la puerta de su casa. El edificio era viejo, el joven siempre bromeaba diciendo que había sido construido antes que Londres. Tenía tres plantas y, en cada una, una familia, aunque la segunda, donde vivían los señores Fratelli —unos italianos en busca de un futuro mejor— era una especie de comuna donde siempre se reunían todos: hermanos, primos y tíos de Leonardo Fratelli. Eran, como Tyler y Lydia, una familia pobre pero feliz. Muchas veces los invitaban a compartir con ellos comida y momentos de jolgorio. Y después de aquellas fiestas familiares, cuando los dos hermanos regresaban a casa, se daban cuenta lo mucho que extrañaban una familia, pero se consolaban pensando en lo afortunados que eran teniéndose mutuamente.

Abrió la puerta del edificio y miró las escaleras. Se le antojaron estrechas y muy oscuras, al igual que toda su casa. Las escaleras crujían con cada paso que daba, pese a intentar andar sigilosamente. Llegó a la segunda planta —la de sus amigos los italianos— y la puerta se abrió. Américo Fratelli, el mayor de los cinco hijos de Leonardo, un chico de unos quince años, delgado como su padre y con la misma nariz prominente de su madre, miró a Tyler con cara de embobado. No era un chico muy brillante, y siempre se estaba

metiendo en problemas, pero tenía unas espaldas fuertes de cargar cajas de pescado, por eso, pese a ser un bobalicón, nadie se metía con él.

—No me gustaría estar en tu lugar cuando llegues a casa —le dijo Américo en un perfecto inglés con acento italiano—. Lydia está muy mosqueada. ¿Estuviste de putas?

Tyler odiaba la sinceridad de las preguntas Fratelli, siempre conseguían sonrojarle porque normalmente siempre hacían relación a mujeres, desnudos o sexo, o una mezcla de todo, junto con movimientos pélvicos y jadeos que terminaban escandalizando a Lydia.

—¿No te ha dicho tu madre que no tienes que meterte en la vida de los demás?

—Sí, muchas veces. ¿Por?

También había olvidado que las preguntas retóricas no servían con los Fratelli, al igual que las metáforas, ironías y juegos de palabras. Tyler se llevó las manos a la sien y negó con la cabeza.

—¿Está muy enfadada?

Américo agitó la mano enérgicamente.

—¡No puedes imaginártelo! Vino anoche a casa a preguntar si estabas con nosotros. Al final, se quedó a cenar. —Y cuando Tyler pensó que había terminado de hablar, continuó—: ¿Y dónde estuviste?

Otra cosa que Tyler también había aprendido de los Fratelli era su testarudez. Américo no le dejaría marchar hasta que no obtuviese una respuesta, más o menos creíble, aunque no le importaba que no fuese la verdad.

—En la cárcel.

Américo frunció el ceño y miró mal a Tyler.

—¡Me has hecho perder cinco libras!

Tyler no entendió a qué se refería.

—¿Cinco libras?

—Sí. Aposté con mi padre y con Rigoberto cinco libras. Yo decía que estabas en Pétalos, al lado del puerto, donde las putas; mi padre decía que estabas en la cárcel y empezaba a estar preocupado.

A Tyler todo aquello le parecía un poco irreal. Debía reconocer que al principio le molestaba un poco esa forma de meterse en la vida de los demás que tenían, pero con el tiempo uno terminaba acostumbrándose, y tomándolo por una demostración —bastante peculiar— de cariño. Al fin y al cabo, ellos eran lo más parecido a una familia que tenían.

—¿Y qué decía tu hermano?

—Rigoberto decía que seguramente te habían pegado un tiro y estabas alimentando a los peces en el Támesis.

Tyler se echó a reír y continuó subiendo mientras Américo intentaba, a grito pelado, que le dijese por qué había estado en la cárcel.

Abrió la puerta de su casa. El silencio le recibió.

—¿Lydia?

Seguía sin contestarle, algo sumamente extraño porque ella no solía salir sola. O bien lo hacía con él o con María Fratelli, la matriarca, y si lo hubiese hecho con su vecina, Américo se lo hubiese dicho.

Fue directamente a la cocina y no había nadie. Todo estaba perfectamente ordenado, como debía estar la casa para una invidente.

—¿Lydia? —volvió a repetir, mientras entraba en su habitación.

La puerta chirrió y un bulto se movió en la cama. Lydia estaba dormitando entre sus mantas y edredones.

—¿Eres tú, Tyler?

Tenía la voz muy suave, más bien débil. Era raro que su hermana estuviese en la cama a esas horas, normalmente estaría ordenando el salón, la cocina o haciendo cualquier otra cosa con la que poder canalizar su energía. Lydia tosió un poco y se giró hacia el lugar de donde provenía la voz. Tenía verdaderamente mala cara. Normalmente era una muchacha coqueta, cuando despertaba enseguida se sentaba frente a su tocador y se recogía su larga melena dorada en un moño, como le había enseñado su madre. Cuando formaba parte de la alta sociedad, Lydia era una belleza entre las chicas de su edad, incluso tenía pretendientes. Había algunos señores que querían ofrecer a sus vástagos como futuros maridos para ella, aunque más que por su belleza, lo hacían por la solvencia económica de la que dispondría. August Stands siempre se había negado a comprometerla con nadie, pero las circunstancias habían cambiado: la solvencia de Lydia se había esfumado, ya no recibía clases privadas ni tenía elegantes vestidos que ponerse; todos sus pretendientes —que en el pasado le juraban amor eterno— habían desaparecido, pero aun así, le gustaba ser coqueta, por lo que verla en la cama, sin arreglar y más pálida que de costumbre, preocupó a Tyler.

—Sí. ¿Qué haces en la cama? ¿Te encuentras bien?

—Sí, pero no gracias a ti. ¿Se puede saber dónde demonios has estado?

Lydia Stands se incorporó un poco. Si hubiese estado bien de salud, Tyler ya se hubiese amedrentado solamente con la pregunta.

—Eso ahora no importa. ¿Tienes fiebre? —le preguntó Tyler acercándose y poniéndole la mano en la frente—. Parece que un poco. Deberíamos avisar al doctor.

—¡No cambies de tema, Tyler Stands! —Cuando lo llamaba así, usando nombre y apellido, significaba que estaba realmente enfadada—. ¿Vas a decirme dónde has pasado la noche? ¡Ayer te fuiste al puerto y no has regresado hasta hoy!

—Venga, estoy bien. No te sulfures que no estás en condiciones.

—¿Qué no me sulfures? —Lydia empezó a toser, llevándose un pañuelo a la boca, haciendo gala de unos exquisitos modales que todavía recordaba.

—Mira, solo puedo decirte que nos vamos a mudar.

En la cara de Lydia se dibujó una mueca de desagrado.

—¿Mudarnos? ¿Por qué? ¿En qué andas metido?

—¡Eres una malpensada! ¿Por qué tengo que estar metido en algún lio? ¿No podemos tener suerte por una vez en la vida?

Su hermana miraba hacia el lugar de donde venía la voz de Tyler.

—Te conozco, Tyler. Nunca has pasado una noche fuera de casa, por mucho trabajo que tuvieses en el puerto. ¿Y me vienes ahora a decirme que nos mudamos?

Si continuaba así podría omitir el detalle de la cárcel.

—¿Recuerdas a un amigo de papá que se llamaba Harold Evergreen? Lord Harold Evergreen.

—No estoy segura, puede ser.

—Pues hoy lo he visto, y me ha reconocido.

Tyler analizaba cada movimiento de los músculos de la cara de su hermana. Si arrugaba en exceso la nariz, quería decir que no se creía la historia. De momento todo iba bien.

—Nos ha invitado a ir, temporalmente, con él —le soltó rápidamente.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Lord Evergreen me ha dicho que quiere ayudarnos, que existen unos médicos que podrían operarte de la vista para que recuperes algo de visión. —La mente de Tyler seguía buscando argumentos para convencer a Lydia, no podía callarse y dejarle tiempo para responder, notaba en sus labios que una objeción estaba próxima a salir—. Además, así podríamos empezar desde el principio. Me ha dicho que le debía un favor a papá, y que, ya que no puede devolvérselo a él, quiere hacerlo con nosotros.

—¿Y no te ha parecido un poco extraño después de tanto tiempo? ¿Cómo os habéis encontrado?

El tema cárcel amenazaba, imperiosamente, con salir.

—Pues, verás, es una larga historia que ahora no viene al caso. ¡Es nuestra oportunidad!

Lydia negó con la cabeza mientras intentaba reponerse de otro ataque de tos.

—Nuestra oportunidad fue sobrevivir a la explosión, Tyler.

—¿Qué hay de malo en que un amigo de papá se encargue de nosotros? —Sabía que convencer a Lydia iba a ser muy difícil, pero tenía que hacer lo que fuese—. Estamos siempre criticando a los nobles y a los ricos porque no son capaces de mirar más allá de sus barrigas, y ahora que uno lo hace y quiere ayudarnos, ¿no vamos a aceptar su ayuda?

—¡No seas bobo, Tyler! Ese tal Lord Evergreen nos quiere ayudar solo porque un día fuimos parte de su mundo. ¿Por qué no

ayuda, por ejemplo, a los Fratelli? ¡Oh, claro, los Fratelli no son los hijos de un difunto Lord!

Lydia tosía cada vez con más fuerza. Tyler le acercó un vaso con agua y le ayudó a beber. Agachó sus ojos, pues sabía que, cuando Lydia se ponía en esa actitud testaruda, no había forma de convencerla.

—No te sulfures, Lydia. Mira, estás enferma y este tipo puede ser la solución para que remontemos y seamos luego nosotros los que ayudemos a la gente como los Fratelli.

Lydia no contestaba, parecía que aquel argumento funcionaba.

—Yo volveré a estudiar y tú podrás operarte los ojos. Sabes perfectamente que gente como nosotros muere todos los días: de frío, de hambre, de un simple resfriado.

—Pero, Tyler, ¿volver a empezar, una segunda vez?

—Las veces que hagan falta, Lydia. Por lo menos con Lord Evergreen tenemos más esperanzas de sobrevivir.

Lydia agachó la cabeza en señal de derrota.

—Está bien. Iremos.

Tyler sonrió. Probablemente era la primera vez que conseguía convencer a su hermana de algo.

—Perfecto. Tú ahora descansa. Yo me ocuparé de todo.

—¿No te va a dar pena despedirte de los Fratelli?

—Claro. Pero no es un adiós, es un *hasta luego*. Cuando consigamos remontar, los Stands harán que todos los que estén como los Fratelli encajen en la sociedad.

—Tyler —dijo Lydia dejando pasar unos segundos—, no hace falta que sigas intentando convencerme.

Tyler rio. Estaba algo emocionado. Su oportunidad había llegado y, pasase lo que pasase, no podía dejarla escapar.

Volvió a dejar a Lydia acostada, bien arropada, y salió de la habitación.

Miró el piso donde vivían. Todo aquello se quedaría atrás. Nada les haría falta allí donde iban, así que la mudanza estaba prácticamente hecha. Aunque se acordó de que había algo que debía llevarse con él: el cuaderno de su padre.

Fue a su habitación, abrió su armario —del que rezumaba un ligero tufo a pescado— y cogió un cuaderno de tapas de piel y hojas amarillentas. Había partes que estaban quemadas, pero era lo único de cierto valor sentimental que había podido salvar de la explosión.

Tyler miró el cuaderno y se acordó del otro amigo de su padre. El Barón.

—¿Qué sería el proyecto Ómphalos?

Se tumbó en su cama y empezó a leer.



LYDIA STANDS

5

Recogieron lo que tenían, o más bien lo que querían llevarse, en muy poco tiempo.

A las ocho de la mañana tenían en la puerta al mayordomo que venía a recogerles.

Los Fratelli al completo se reunieron en el portal para despedirse. Leonardo, el cabeza de familia, se abrazó a Tyler y gritó a los cuatro vientos que le quería como si hubiese sido otro Fratelli. Obviamente, Tyler se abochornó e intentó mirar hacia otro lado, como si aquello sirviese para pasar desapercibido. En cambio, la señora Fratelli intentaba esquivarlos. Pero no pudo, la tristeza de la despedida era más fuerte que su entereza y se abrazó a Lydia, la que le hacía más compañía cuando sus hombres estaban trabajando, dejándole el hombro empapado en lágrimas. Luego se acercó a Tyler diciendo:

—No nos olvidéis. Si nos necesitáis, siempre estaremos aquí.

Llegaron a casa de Lord Evergreen al cabo de una hora, tras un viaje sumidos en el más profundo silencio. Tyler no se atrevía a preguntarle a su hermana sobre lo que pensaba de la mudanza, y por su parte, Lydia se sentía adormilada por la calidez de la luz del sol, mezclada con la confortabilidad de los asientos acolchados de carroza y aquella leve sensación febril.

Cuando se detuvieron, Tyler miró por la ventana y pudo ver a Lord Evergreen, que los esperaba en la puerta con una sonrisa nerviosa. Lydia finalmente había sucumbido al sueño y Tyler intentó despertarla suavemente. La muchacha se estremeció, pero en lugar de despertarse se acurrucó más sobre sí misma. Tenía las mejillas sonrojadas y unas pequeñas gotas de sudor bajaban por su frente. Tyler intentó tomarle la temperatura, pero ya sabía que la fiebre le había subido.

El conductor abrió la puerta y esperó a que bajasen.

—¡Avisen a un doctor! —Tyler le lanzó una mirada de auxilio mientras veía cómo Lord Evergreen se acercaba con cierta prisa.

—¡Válgame el cielo! Estás ardiendo, muchacha —dijo Lord Evergreen, tomándole la temperatura posando la mano en su frente—. ¡Hamilton, rápido! ¡Avisa al doctor Writer! ¡Que venga inmediatamente!

Tyler lo miró preocupado mientras ayudaba al conductor a llevar a su hermana al interior de la casa.

Harold empezó a ordenar al servicio que se encargase de la muchacha. La acostaron en una mullida cama y cambiaron su ropa por un camisón más cómodo. Le aplicaron compresas de agua fría mientras llegaba el doctor e intentaron darle de comer un caldo que olía como Tyler suponía que debían de oler los manjares de los dioses.

Lord Evergreen en persona se encargó de indicar a Tyler cuáles serían sus aposentos que —como si el destino se estuviese riendo de él— no eran otros que el lugar por donde había entrado cuando intentó robar el colgante.

Le habían preparado una bañera llena de agua caliente, un lujo que prácticamente había olvidado. Escogió, de entre toda la ropa

que había en el armario —y que habían comprado expresamente para él— un pantalón marrón y una camisa blanca. Una vez aseado le sirvieron también una opípara comida que constaba de un plato de la misma sopa que le habían puesto a Lydia y un muslo de pollo que posiblemente fuese el muslo de pollo más grande que nunca hubiese visto, guisado con un toque de miel y unas verduras de guarnición.

Todo estaba sucediendo demasiado rápido, y Tyler se dejaba llevar, como si estuviese siendo empujado por las corrientes de un río bravo, parecía estar en un sueño. Rodeado de tanto esplendor, se sentía abrumado. Incluso conociendo aquel tipo de vida, se sentía fuera de lugar. Únicamente llevaban allí un par de horas y todos les trataban con la más absoluta naturalidad, incluso Lord Evergreen, del que pensaba que sentiría —al menos hacia él— cierta desconfianza por la forma en la que se habían conocido.

A las tres del mediodía llamaron a la puerta. Era el doctor Writer, cargado con su maletín. Lo acompañaron a la habitación de Lydia.

—Veamos, ¿cómo se encuentra, joven? —preguntó mientras le tomaba la temperatura y le auscultaba el pecho.

—Bien. Algo cansada —le respondió con una voz bastante apagada.

El doctor sacó su reloj de bolsillo y le tomó el pulso.

—Esta es la chica que le comenté —le dijo Lord Evergreen.

El doctor Writer, concentrado en sus tareas, ni le contestó ni le miró, únicamente —y muy disimuladamente— tragó saliva y la habitación se sumió en el silencio. Al cabo de un rato, el doctor se guardó el reloj y miró a Lord Evergreen y a Tyler.

—Veamos —dijo con ciertos aires interesantes—. Es obvio que esta era la muchacha de la que me había hablado —le respondió con cierta sorna—. Su operación es complicada, pero podría ser viable.

Tyler sintió una extraña sensación que le recorrió desde el cuero cabelludo hasta la punta de las uñas de los dedos de los pies. ¡Había una posibilidad de que su hermana volviese a ver!

—No obstante —continuó el doctor, que acariciaba las manos de Lydia—, antes de hablar de su visión debemos hablar de la infección que la aflige, aunque aquí no dispongo de los medios necesarios para hacer un diagnóstico preciso. Lo más conveniente sería que la traslademos cuanto antes al hospital.

—Pero, doctor, yo no quiero ir al hospital. —Lydia hablaba adormilada.

—¿Qué es lo que le sucede? ¿No puede decirnos algo? —preguntó Tyler.

—Ya he dicho que no. Deberíamos hacerle un estudio. Podríamos estar delante de un resfriado común, en el mejor de los casos, o incluso podría ser neumonía.

Tyler miró a su hermana. Era testaruda y seguramente se negaría a ir al hospital.

—Lydia, ya has oído al doctor.

—Sí, Tyler. Pero, ¿qué vas a hacer tú solo?

—No estaré solo. Si no vas y te pasa algo, entonces sí que me dejarás solo.

—Sé que acabamos de reencontrarnos y no soy quién para decirte lo que has de hacer, Lydia —Lord Evergreen se acercó a la

muchacha, hablándole en tono conciliador—, pero deberías hacerle caso a tu hermano.

—Pero no podemos pagar el ingreso, Lord Evergreen, y no podemos permitir que usted cargue también con eso.

Harold sonrió y le acarició la cabeza.

—Vuestro padre una vez me dijo que, si no nos ayudábamos entre nosotros, el mundo estaría perdido. A él no pude ayudarle, y ahora que puedo ayudar a sus hijos, lo haré con sumo gusto. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Pero la decisión es vuestra, al igual que la de venir aquí. Os dejaremos a solas para que habléis.

El doctor Writer y Lord Evergreen salieron de la habitación y bajaron al salón a esperar.

—¿Qué crees que hará? —preguntó el doctor.

—Irá. No va a arriesgarse a dejar a su hermano solo.

—¿Y no crees que ha sido un poco cruel decirle que podrá recuperar la vista?

Lord Evergreen miró al doctor.

—Si no quiere ir por el resfriado, lo hará para volver a ver. Sea como sea, hemos de separarles. —Harold se volvió un poco más sombrío—. Cuando llegue el momento, debemos poder usar a Tyler, y si tenemos a su hermana, será más fácil.

—Pero, ¿usarlo? ¿Para qué?

—Será mejor que no preguntes demasiado, Lawrence. Me debes mucho dinero y ya sabes lo que podría pasar...

El doctor se volvió pálido.

—Está bien —dijo, tembloroso.

Mientras, en la habitación, Tyler seguía intentando convencer a Lydía.

—En serio, Lydia, ¿por qué eres tan testaruda?

—¡No soy testaruda! Pero conozco a este tipo de personas, Tyler. Los de la calaña de Lord Evergreen no hacen las cosas desinteresadamente. Hoy nos ayuda y, cuando lo crea oportuno, aparecerá de nuevo en nuestras vidas para pedirnos que le devolvamos el favor.

—¡Papá no era así! —replicó Tyler.

—Para nosotros no. Pero, aunque me duela decir esto, no sabemos cómo se comportaba cuando estaba con sus socios y sus amigos.

Lydia empezó a toser enérgicamente.

—En serio, Lydia, esa tos suena horrible. —Tyler estaba cada vez más preocupado—. Mira: vas, descubren lo que te sucede, te curas y vuelves.

—Yo ya sé lo que me pasa. Estoy acatarrada, nada más. Esto se cura únicamente con un par de días de reposo en cama.

—¿Y qué hay de malo en que el reposo sea en la cama de un hospital? Dices que serán solo un par de días, ¿no?

Lydia parecía cada vez más nerviosa.

—¿Es que no entiendes que me dan pánico los hospitales? —soltó mientras empezaba a llorar.

Tyler la miró sorprendido.

—Yo, no sabía...

Lydia intentaba calmarse.

—Los hospitales me recuerdan a mamá. Los médicos decían que había posibilidades de que se salvase. —Las lágrimas empezaron a bajar por sus ojos ciegos—. Le hicieron de todo para que despertase, pero al final murió. ¡No quiero que me pase eso a mí!

Los dos hermanos se abrazaron con fuerza y Lydia hundió la cara en el pecho de Tyler.

—No voy a permitir que te hagan daño. Iré todos los días a verte, estaré allí contigo todo el tiempo que sea necesario. Pero tienes que ir al hospital a curarte. Y si los doctores pueden, a recuperar la vista.

Lydia acarició con una mano la mejilla de su hermano mientras con la otra se limpiaba las lágrimas.

—Está bien —dijo entre suspiros.

Al cabo de una hora, el mismo carruaje que los había llevado a casa de Lord Evergreen transportaba a Lydia Stands hacia el Hospital King's College, mientras que Tyler entendía, por primera vez, qué era estar solo.